



Enfrentar el envejecimiento

■ Por Idalia Vázquez Zerquera

Villa Clara mantiene su condición de provincia más envejecida de Cuba, al contar con 175 854 adultos mayores, cifra que representa el 22,3 % de la población total. Placetas, con el 24,6 %, resulta el segundo municipio del país más longevo, y acá en la provincia le siguen Cifuentes y Camajuani.

El tema —abordado recientemente en la Asamblea de balance del sector de la Salud— generó numerosas reflexiones entre los participantes, ante el número creciente de personas que sobrepasan las seis, siete, ocho y nueve décadas de existencia, o tienen la dicha de arribar a un siglo de vida.

Pero, ¿cómo preparar la infraestructura para responder a las necesidades de la tercera edad, mientras la familia trabaja, los nietos estudian y el abuelo se queda solo en el hogar o no tiene quien lo atienda de manera adecuada?

Para ello, el Programa del Adulto Mayor (PAM) prevé el incremento de la cantidad de camas disponibles en los 16 hogares de ancianos del territorio, así como ampliar el número de plazas en las 26 casas de abuelos.

En 2014 tales aspiraciones prosperaron poco, pero en el 2015 se dieron algunos pasos para el mejoramiento de los hogares de ancianos y las casas de abuelos, fundamentalmente con vistas a eliminar barreras arquitectónicas, acondicionar baños y colocar asideros. También hubo cambios en el mobiliario y asignación de refrigeradores, *freezers*, televisores y cajas de



agua, entre otros equipamientos que mejoran la calidad de vida de los ancianos acogidos en estas instalaciones.

Ahora mismo, en el Hogar 3 de Santa Clara se procede a la impermeabilización de la cubierta, se busca recuperar espacios físicos e incrementar la cantidad de camas.

Sin embargo, no todas las acciones constructivas han tenido un final feliz. Además, varios de estos inmuebles fueron adaptados y requieren ahora de costosas inversiones, que se complejizan cuando el edificio posee valor

patrimonial y hay que protegerlo, como el de Remedios, una casona colonial de finales del siglo XVIII.

Tanto el Hogar de Ancianos de la Octava Villa como el de Caibarién serán terminados este año; mientras otros 14 recibirán acciones de mantenimiento y reparación. También se procederá al cambio de inmueble de dos casas de abuelos: la número 1 de Santa Clara y la de San Diego del Valle.

Realmente la situación es compleja. Debido al deterioro de los techos solo funcionan 860 camas, de las 1114 aprobadas, pero se confía en que la mayoría sean recuperadas al concluirse la impermeabilización del Hogar de Ancianos Carmen Ribalta, de Sagua la Grande, y del número 3 de Santa Clara, así como la edificación de los de Remedios y Caibarién.

En la actualidad Villa Clara cuenta con cinco servicios de Geriátrica, dos de ellos en el hospital universitario Arnaldo Milián Castro, de Santa Clara, con 30 camas y un mobiliario clínico nuevo, pero su apertura está pendiente hasta que concluyan las conexiones hidrosanitarias.

Un servicio con 18 camas se presta en el hospital 9 de Abril de Sagua la Grande, con la aspiración de llegar a 30 durante el año en curso. Y aunque anima saber la preocupación por un tema que no espera por el mañana, los estudios apuntan hacia la necesidad de crecer en casas de abuelos, de las cuales están en proyecto una en Placetas y otra en El Santo,

acorde con el nivel de envejecimiento poblacional presente y futuro. Asimismo se prevé en este 2016 abrir en Santa Clara una casa de abuelos para ancianos discapacitados mentales, lo que implicará la preparación de más geriatras, en correspondencia con el incremento de centros y camas.

Fuera de estas instituciones, el análisis anual de Salud evidenció que falta atención integral al adulto mayor por parte del médico y la enfermera de la familia, que debe incluir exámenes periódicos complementarios y evaluaciones trimestrales por el grupo básico de trabajo, la trabajadora social y el geriatra.

No menos importante resulta preparar a la población para atender al adulto mayor en el seno familiar, a través de proyectos de trabajo comunitario asesorados por Salud, lo que aún está muy lejos de implementarse. También siguen los tabúes callejeros sobre las casas de abuelos, cuando son lugares donde, además de recibir todos los servicios médicos, los ancianos encuentran amistad, amor y atención.

El Programa del Adulto Mayor tiene retos por delante: elevar el confort y devolver la calidad a las edificaciones, mas exige unir voluntades tanto gubernamentales como de Salud, de la comunidad y de todos, para hacerle frente a un fenómeno social que ya echó a andar en Villa Clara y es seguido de cerca por el resto de las provincias.



¿Dale al que no te dio?

■ Por Laura Rodríguez Fuentes

Hace poco le escuché decir a un señor en la calle que en Cuba parecemos perros de caza, que nos estamos mordiendo los unos a los otros para desatar una furia interior que no encuentra otra forma de abandonar el alma. La verdad es que el maltrato al prójimo se ha generalizado en la actual sociedad y no hay quien le ponga vacuna a la rabia de ciertos «animales».

Puede achacarse al período especial, a las carencias cotidianas y hasta al cambio climático. Pues sí, en un día cualquiera de calor hasta el más manso pierde los estribos. No es para menos cuando sales temprano de la casa hacia la parada de guaguas y la encuentras atestada. Hace dos horas que no pasa ómnibus alguno, y los que traen un cartel que reza «transporte obrero» o «flete» pasan de largo aunque vengan vacíos.

Tratas de obstruir tus oídos, y aun así debes soportar las conversaciones de quienes no retienen en el hogar su vida privada y eligen vociferarla con tono agresivo en cualquier sitio para que los escuchas intervengan. Es una cualidad inherente al cubano, ya imposible de extirpar.

Mientras los dardos matinales de Apolo te castigan el rostro, al fin asoma un ómnibus por la esquina. La cola comienza a disiparse y cada cual toma el lugar que más le conviene sin respetar el consabido orden de llegada. En ese momento estallan las ofensas, los empujones. No importa si un anciano con muletas precisa de una mano para subir o si alguna mujer con un bebé en brazos reclama un espacio para traspasar la puerta.

El chofer, uno de los primeros en descomponerse, amenaza con «arrancar» si los de atrás no hacen espacio. Finalmente, enciende el motor llevando prendidos entre ambas portezuelas algún bolso, brazo o pierna. Y a la deriva quedó más de la mitad del personal.

Camino a su centro de trabajo, la obrera X del



organismo Y va dándose cuerda a cada paso. Refunfuña entre dientes y aparta sin piedad a quien le entorpezca la diligencia. Al llegar a su destino encuentra a muchos usuarios que esperan, principalmente por ella, para realizar determinados trámites. Nunca falta el que la aborda, le reclama y hasta le

echa en cara su tardanza. Ya con fatiga, la compañera se transforma en bestia y muerde a todo el que venga a pedirle explicaciones. Afuera, otra mujer «se pone la chancleta en el dedo gordo del pie» y lanza al aire unos cuantos improperios.

Cerca del centro de la ciudad, en cierta tienda recaudadora de divisas, un cliente trata de formular una simple pregunta a la dependienta. Ella conversa con la amiga sobre uñas acrílicas y hace caso omiso a la petición del señor que le dice a media voz mil veces «señorita, por favor...» Con ojos de tigresa la muchacha se vuelve hacia el comprador y lanza un «¿qué tu quieres, hijo?» como si fuera a devorarlo.

En otro sitio una pareja se dispone a comprar un pedazo de carne de cerdo en un centro estatal. Con el cuchillo en la mano y sin explicación alguna, el expendedor les advierte: «Eso es lo que tengo; si no les gusta, se van». Con lógico temor, ellos se reservan reclamaciones.

En fin, el maltrato no conoce de sectores ni títulos universitarios. El que se siente agraviado, ofende entonces al otro, y ese, a un tercero. Quien fue insultado en el trabajo, se desquita luego con la familia en la casa. El hijo le contesta a su madre, y ella a la vecina.

Se trata de una fila de fichas de dominó en la que la primera golpea a la segunda y así sucesivamente. Hace recordar, por desgracia, aquel tema de Dan Den —interpretado por Paulito FG en sus mejores tiempos— conocido como *Dale al que no te dio*, y cuyo estribillo repetía «dale pa' que te den». Me resisto a pensar que nuestra bella isla se ha convertido en una jungla de seres belicosos e indolentes.

Inconscientes de la «botella»

■ Por Francisnet Díaz Rondón



El chofer de la guagua se detuvo en el punto de recogida con plena conciencia y voluntad de ayudar a los compatriotas que a diario se ponen a merced de la buena acción de los conductores.

Un grupo de personas subió al ómnibus, limpio y cuidado. Al terminar el recorrido el conductor casi infarta al ver su vehículo sucio y uno de los asientos dañado. El hombre, decepcionado, juró pensarlo dos veces antes de recoger a la gente.

Cuando se trata de señalar actitudes negativas en el tránsito o en el deber de parar en los puntos de recogida, en la mayoría de los casos los choferes quedan como los malos de la película. Pero, casi nunca se habla de los pasajeros inconscientes y malagradecidos que maltratan el transporte.

Recientemente, una colega del diario *Juventud Rebelde* comentó el lamentable hecho de un amigo que dio botella a un individuo. Luego de que aquel abandonara el auto, el conductor notó la ausencia de su móvil corporativo, que de seguro deberá reponer de su propio bolsillo.

Algo similar sufrió el inolvidable escritor Enrique Núñez Rodríguez, a quien una amiga bailarina del Ballet Nacional de Cuba le obsequió una hermosa fosforera que la artista había comprado en Japón. El hijo pródigo de Quemado de Güines, poco después de dejar al susodicho, percibió con dolor la desaparición del regalo. El hombre le robó la fosforera.

Hay personas que empañan la buena voluntad de muchos ciudadanos. Y no solo la empañan, sino que pueden revertir la actitud positiva de quienes desean ayudar. Por suerte, no es la mayoría.



¿Quién puede criticar al chofer que decida no recoger más pasajeros porque uno o varios de ellos maltrataron su vehículo? ¿Cómo puede apuntarse con dedo acusador al conductor, renuente a ayudar a alguien necesitado de transporte, porque un ingrato le hurtó sus pertenencias?

No significa que todos paguen justos por pecadores, pero se debe respetar y considerar a los choferes, quienes, con mucho sacrificio, mantienen su medio de vida para que después ciertos individuos se dediquen a destruirlo o a sustraerle piezas.

La solución al problema no solo radica en la conciencia de los choferes, sino en la de todos los que nos beneficiamos de su buena voluntad. El sentido de pertenencia resulta fundamental para cuidar ese transporte que diariamente ayuda a acortar distancias.

Cuando un chofer nos ayude a trasladarnos, lo menos que podemos es dejarle su vehículo limpio, además de nuestro profundo agradecimiento, y solo llevarnos con nosotros la satisfacción de su beneficioso servicio.